
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON



EXCMO. E ILLMO. Sr. Dn. FR. DOMINGO DE SILOS MORENO

DIGNISIMO OBISPO DE CADIZ Y ALGECIRAS

Nació en la Villa de Cañas, Rioja, el 23 de Julio de 1770

y murió en Cadiz el dia 9 de Marzo de 1853.

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCMO. E ILLMO. SEÑOR

D. FRAY DOMINGO DE SILOS MORENO,

OBISPO DE CÁDIZ Y ALGECIRAS,

PREDICADO POR EL SR. DR.

DON FRANCISCO GARCÍA CAMERO,

Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz,

EN LAS

SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS EN LA MISMA

POR SU EXCELENTÍSIMO CABILDO,

EL DIA 9 DE ABRIL DE 1853.

SE IMPRIME CON LA LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

CADIZ.

IMPRENTA, LIBRERIA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA,
Á CARGO DE D. JUAN BAUTISTA DE GAONA,
plaza de la Constitucion, número 11.
1853

Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.

ECCLI. 50, V. 1.

Ved aquí un pontífice ilustre, que sostuvo el decoro de la casa del Señor durante su vida, y fortificó su templo en los dias de su Episcopado.

DEL CAP. 50 DEL ECLES. V. 1.

EXCMOS. É ILLMO. SR. (1)

JAMÁS orador Evangélico se ha visto poseido de un temor semejante al que ocupa mi espíritu en este dia; pues teniendo que formar el elogio fúnebre del ilustre Prelado, cuya pérdida irreparable deploramos, temo no poder corresponder á mis propios deseos, ni llenar tampoco los de V. E. (2), que me confia la ardua empresa de publicar sus virtudes eminentes. Me intimida por una parte la

(1) Gobernador civil, Cabildos Eclesiástico y Secular, y Obispo de Puerto-Victoria, oficiante.
(2) Cabildo Eclesiástico.

innumerable confluencia que se presenta á mi vista, en la que confundidas las diferentes clases de la sociedad, se reunen en este sagrado recinto mas bien para tributar el último respeto de gratitud á su Pastor amado, que para instruirse de la historia de sus insignes hechos. Hechos de todos sabidos durante su vida; por todos publicados despues de su muerte; y por todos, en fin, admirados hasta el grado de intentar inmortalizar su memoria, grabándolos en el mármol ó en el bronce. ¿Es posible deje de intimidarse un orador que vá á hablar á un auditorio mas instruido que él de las recomendables cualidades de su héroe?

Por otra parte me veo dominado de una idea terrible al tener que elogiar desde esta cátedra las virtudes de nuestro muy amado Obispo el Excmo. é Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Silos Moreno. Me parece verle salir de la tumba en que reposa, presentarse á mi vista, y trocando la afabilidad de su semblante, que ni aun la muerte pudo demudar, con una modesta indignacion decirme con energía. No turbes la paz de mi sepulcro; no registres mis cenizas para des-

cubrir en ellas mis secretos (1); «no publiques ninguno de mis actos, ni hables de virtudes, pues en los elogios de los muertos suelen suponerse las que no existieron, y callar los vicios, que siempre exceden á aquellas:» teme profanar la cátedra de la verdad; (2) «yo no soy mas que un indigno Monge Benedictino, y aun mas indigno Obispo de Cádiz;» te prohibo, pues, pronunciar mi nombre; deja ese lugar destinado solo á predicar la verdad, y á elogiar á los verdaderos modelos; calla; obedece.» Así se espresa este humilde Prelado en cláusula terminante de su última voluntad, y me creo escuchar las mismas palabras, acusándome de inobediente.

Pero descansad en paz, restos venerables; vuestras insinuaciones fueron siempre para mí preceptos que abrazaba con decision; vuestras dulces palabras quedaban grabadas en mi alma: detestábais las suposiciones de virtud; yo os prometo decir solo la verdad; queríais

---

(1) Cláusula de su codicilo.

(2) Inscripcion de su sepulcro con arreglo á otra cláusula de su codicilo.

que esta quedase oculta; os obedeceria gustoso si no conociese que vos mismo, que tantas pruebas de amor dísteis á vuestros diocesanos, accederíais hoy á sus justos deseos y reiteradas súplicas.

¿Ni de qué otro modo pudiéramos mitigar nuestro dolor si no con la memoria de sus virtudes? ¿No es esta una práctica casi constante de la Iglesia, observada desde los primeros siglos, y que los Gerónimos, Ambrosios, Gregorios Nacianzenos, y otros Padres usaron con fruto? (1) ¿No cumplimos con un mandato del Espíritu Santo, que nos prohibe elogiar al hombre durante su vida, y que segun la esposicion de S. Máximo, es igual al de elogiar despues de la muerte que aleja todo motivo de adulacion en el panegirista, y de envanecimiento en el elogiado? ¿No se leen hechos semejantes en las sagradas letras?

Lloraba en otro tiempo Israel la muerte del gran Sacerdote Simon hijo de Onías, y no encontraba consuelo al verse privada de un Pontífice á cu-

---

(1) Eccli. cap. 11, v. 30. Homilia 59, quæ est 2.ª de S. Eusebio Vercellensi.

yos desvelos y sabiduría habia debido su felicidad y su gloria, cuando un autor inspirado del cielo toma á su cargo mitigar su afliccion presentando el cuadro consolador de sus eminentes virtudes. Le coloca desde luego entre los hombres ilustres, que dotados de grandes talentos y sólida sabiduría han eternizado su memoria, haciendo pasar su nombre de generacion en generacion, y buscando despues en la naturaleza mil pinturas vivas y sublimes, se vale de ellas para contar sus gloriosos hechos. De este modo quedó consolado aquel pueblo afligido, que confiaba en la proteccion de su Pastor, al que suponia habitar en el seno de Abraham.

No me creo yo, angustiados gaditanos, poseido del poder y uncion divina, que acompañaban al panegirista del Pontífice Simon; pero me será permitido valerme de aquel elogio, que parece dictado para apropiarlo á nuestro ilustre Obispo, pudiéndole aplicar al menos sus primeras palabras, y deciros para vuestro consuelo: «Ved aquí un Pontífice ilustre, que sostuvo el decoro de la casa del Señor durante su vida, y forti-

ficó su templo en los dias de su Episcopado.» *Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.* Bien conoceis con cuanta naturalidad se pueden acomodar estas palabras á nuestro Prelado difunto, y que no necesito de esfuerzo alguno para representároslo, sin ofender su modestia, como un Obispo defensor de la Iglesia en general, y restaurador de esta particular.

¿Y deberíamos callar, á pesar de su resistencia, sin que recayese sobre nosotros la nota de ingratos á sus especiales beneficios? ¿Nos contentaríamos con ser admiradores en silencio de sus triunfos, y con grabar, como he dicho, en el mármol su glorioso nombre? Entonces, señores, no haríamos diferencia alguna entre los héroes de la Religion y los del siglo, y nos espondríamos á perder la memoria del que tiene derechos adquiridos á que se eternice.

Bien sabeis que en todos tiempos ha admirado el mundo hombres de gran fortuna, cuyas brillantes acciones han sido bastantes por sí solas para asombrar al universo: soldados valientes que han

consternado las naciones mas poderosas y soberbias con los felices sucesos de sus espediciones y rapidez en sus conquistas: capitanes famosos, que como el antiguo dominador de los Persas, han puesto silencio á la tierra; mas al querer el mundo eternizar su memoria no ha podido conseguirlo, y todo el brillo de sus acciones y el ruido de sus adelantos, han venido á quedar sepultados en el mas profundo olvido. Vemos constantemente, que por mas que el mundo se empeña en eternizar la memoria de sus héroes, los soberbios obeliscos que les erije, las primorosas estátuas que les labra, se dejan ver con el tiempo carcomidas y deshechas, y las voluminosas historias que les teje, solo sirven para recordarnos que todo en ellos fué orgullo, vanidad y desórden.

Pero en el santuario del Dios de la verdad sucede todo lo contrario; jamás se obscurecen las glorias de sus héroes, y cuando todo lo arrastra esta rápida série de momentos que pasan sin cesar, la sólida virtud de aquellos resplandecerá sobre las ruinas del mundo, porque el varon justo permanecerá para siempre.

Pongamos, pues, el sello de la Religion al elogio fúnebre, que tributamos á la memoria del Excmo. é Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Silos Moreno y Merino, Obispo de Cádiz y Algeciras. Con su muerte ha perdido la Iglesia de España uno de sus mas ilustres Pastores, y esta diócesis un padre amoroso, caritativo y amante de las glorias de esta ciudad. Él sostuvo el decoro de la Iglesia en los calamitosos tiempos que acabamos de pasar, *in vita sua suffulsit domum;* y en los mismos edificó este augusto templo, que consagró al culto de Dios, valiéndose para ello del tesoro de sus virtudes; *et in diebus suis corroboravit templum.*

¡Ojalá, que estos piadosos respetos que le tributamos, os sirvan de instruccion y no de mero espectáculo! Comunicad, Espíritu Divino, á mis palabras aquel poder sobrenatural, que me es necesario para pintar al vivo el cuadro consolador de las virtudes de nuestro difunto Prelado, y hacer que sirva de instruccion y de consuelo, como durante su vida lo fueron para todos sus palabras.

PRIMERA PARTE.

En el plan general de la Providencia que rige todas las cosas, entra sin duda el influjo particular del Espíritu Santo para la designacion de aquellos que deben regir los destinos de su Iglesia: *Spiritus Sanctus posuit Episcopos.* Enhorabuena, que en los negocios puramente humanos resalten las fragilidades de nuestra naturaleza; que el favor, la intriga, y otros medios mas ó menos reprobados sean los resortes para la elevacion de los unos y caida de los otros; mas los ministerios que dicen órden á Dios, son siempre dispuestos sabiamente por el Espíritu Santo, que se vale de los medios humanos para ejecutar sus designios tan justos en sí mismos, como impenetrables para nosotros.

Así es como preparaba desde lejos un ardiente defensor de la Iglesia Española, y un insigne maestro para los Gaditanos, infundiendo los dones de su

Divino Espíritu en un jóven cortado á medida de su corazon en medio de la Rioja, el cual educado en el temor santo de Dios por honrados y cristianos padres, caminó de virtud en virtud hasta llegar á alcanzar el glorioso término para que estaba destinado.

Un amor ardiente por el estado eclesiástico fué el fruto de su primera vocacion: amor tan prematuro como activo, que le decide á la corta edad de 15 años á abrazar el estado religioso con el fin de ser siervo útil en la casa del Señor; amor eficaz, que no le permite perder ocasion para consagrarse á su servicio, haciéndose digno de ello por su decente y arreglada conducta; amor en fin tanto mas puro cuanto que aspiraba á lo mas perfecto, y aun cuando recibiera su primera educacion entre los religiosos de S. Francisco (1), no busca su asilo sino entre los monges de S. Benito para proponerse por modelo á la gloria de su patria (2) Santo Domingo de Silos (3).

Desde luego adopta su nombre con

(1) Franciscos de Sto. Domingo de la Calzada.
(2) Villa de Cañas.
(3) Su nombre de bautismo era Jacobo Apolinar.

el que se honraba entre los monges de Silos; nombre que siempre pronunció con entusiasmo; y en el monasterio fundado por su mismo santo se consagra al servicio de Dios y de su prójimo. ¡Santo retiro! Ni un solo dia pasaba sin que nuestro Obispo te recordara, y sin que cual otro Jeremías llorase tus próximas ruinas y actual desamparo. Allí fué donde formó su espíritu, donde aprendió á conocer la vanidad del mundo, amar á Jesucristo y á trabajar con constancia en utilidad de su Iglesia. Allí concibió el mas vehemente deseo de instruirse en la ciencia de la Religion, aplicándose á su estudio con avidez y constancia tal, que en pocos años se hizo admirar por sus notables adelantos, no menos que por su humildad en los monasterios de S. Estéban de Rivas del Sil en Galicia, de S. Vicente en Salamanca, y de S. Pedro de Exlonza; siendo finalmente nombrado lector de filosofía para el colegio de Hirache, universidad entonces de todo el reyno de Navarra, y despues maestro de estudiantes en Salamanca.

Parece que presagiaba la necesidad

de formarse con prontitud operario esperto y á propósito para oponer un dique al torrente de males que amenazaba inundar nuestra península, procedente de una nacion vecina, que engreida con sus triunfos habia hollado hasta los principios mas obvios de religion, de moral y de cultura. Estos adelantos, que no podian ocultarse á sus monges, dieron márgen para que, á pesar de sus pocos años, fijaran en él su vista los que se reunieron en el capítulo general de 1801 y lo designasen para el importante puesto de abad de S. Martin de Madrid, correspondiente en aquel cuatrienio á su monasterio.

Desde que el Rey D. Alonso el sesto donó á Santo Domigo de Silos la parroquialidad de aquel territorio, siempre hubo gran esmero en que los abades fuesen varones de ciencia y virtud probada, cual correspondia al espinoso encargo que se les confiaba, y al punto en donde habian de desempeñarlo. ¿Mas quién dudará de que nuestro Obispo se hallaba adornado de tan relevantes cualidades, despues de haberle conocido y tratado en tan largo espacio de años?

Verdad es que él aceptó con repugnancia y solo por obedecer, el puesto de abad párroco; pero tambien lo es, que supo gobernar su pequeña grey segun los principios de la mas sana moral, y adquirir tanta celebridad de humilde, prudente y compasivo, que le proporcionó despues el cuidado de este rebaño, que hoy llora desconsolado su pérdida.

Yo apelo en prueba de todo ello á los mismos habitantes de la parroquia de S. Martin, que consternados como nosotros por la muerte de su antiguo abad y nuestro último Obispo, revuelven en su memoria los hechos que unos vieron y otros oyeron, bastantes por sí solos para inmortalizar el nombre de un ministro de la Religion de Jesucristo. ¿Quién le aventajó en celo por alimentarlos con el pasto de la divina palabra? ¿Quién en el cuidado de visitar á los enfermos, sin que fuese obstáculo á su caridad el que habitasen estos en las mas humildes boardillas? ¿No se le vió mas bien consolar con frecuencia á estos desgraciados, y socorrerlos en sus necesidades, que hacerse presente á los que padecian en las casas de los pode-

rosos y de los grandes? ¡Qué tierno espectáculo era ver á la indigente viuda cubierta de luto y de tristeza y desamparada del mundo, visitada y socorrida por su abad, que parece acudir á su alivio inspirado por el cielo! ¡Al huérfano, que perdido un padre halla en él otro solícito en prodigarle sus cuidados! Las que por seduccion, por indigencia ó por malicia eran víctimas de la pública disolucion, fueron separadas de su mala vida por sus consejos y liberalidades: por todas partes iba dejando grabadas sus huellas beneficiosas, viéndosele á veces privado aun de lo mas necesario, con tal de socorrer todo género de calamidades; logrando al fin acabar sus recursos con el tiempo de su encargo. Aun se conservan en la parroquia de S. Martin las laudables prácticas establecidas por nuestro Obispo.

Por este tiempo la revolucion francesa que habia inspirado temores á la Europa, principió á conmover nuestra monarquía; y los españoles, viendo arrebatado á su Rey, amenazados sus templos, y hollado su suelo injustamente por enemigos encubiertos, levantan el grito de

independencia, y se unen con lazos indisolubles para defender su religion, su trono y su patria. En medio de estas terribles convulsiones, y próxima á sucumbir la capital de nuestra monarquía, vuela nuestro Obispo á su antiguo y amado monasterio de Silos, y al verlo desamparado y á sus guardas dispersos levanta su poderosa voz, y animando á los débiles, exhortando á los temerosos y haciéndoles conocer la fuerza del poder divino, consigue reunir algun número de monges y continuar el culto de Dios, y la observancia de sus reglas en medio de la universal consternacion.

Comunica á sus compañeros aquel celo ardiente por la causa del Señor que le devoraba, y se resuelven á defenderla con las armas de la oracion, de la penitencia y de todas las virtudes. El ejército francés llega á Silos, y cuando debiera temerse el saqueo, la destruccion y los demás escesos, que fueron casi siempre las consecuencias de los adelantos de nuestros enemigos, vemos con admiracion lo que el pueblo Romano vió en otro tiempo en el Pontífice Leon á la presencia del bárbaro

Attila, que la autoridad y afabilidad de nuestro Obispo, sorprendió de tal suerte á aquel desenfrenado ejército, que ni el monasterio sufrió quebranto alguno, ni su templo fué despojado, ni los valerosos monges que esperaban allí la muerte fueron maltratados. Antes bien, contra toda humana esperanza, recibieron atenciones y obsequios de los mismos que por todas partes venian sembrando el terror y la desolacion.

A su celo se debió la conservacion de los vasos sagrados, de su selecta biblioteca, de los interesantes manuscritos, de las pinturas y monumentos preciosos de aquel santuario, que representaban las glorias de nuestras artes. Jamás, á pesar de los inminentes riesgos á que se espuso, abandonó su monasterio, y aunque muchas veces, por justo temor al comun enemigo, se vió obligado á huir, y á permanecer oculto entre las breñas y fragosidades de las montañas, tan luego como se alejaba el peligro volvia á su puesto, continuando de este modo su solicitud pastoral, hasta que vuelta la paz á nuestro suelo, fué electo Abad de aquel monasterio, que go-

bernó con tanta sabiduría y prudencia, como con valor y firmeza habia sostenido; pudiendo decir, que fué como ensayo para el Episcopado.

Acaso sus relevantes virtudes se elogiarian hoy en una de las provincias del Nuevo-Mundo, si nuestros hermanos de aquellas regiones no se hubiesen separado de la madre patria. Una antorcha tan luminosa como el R. P. M. Fray Domingo de Silos Moreno, no podia permanecer oculta bajo el celemin de la celda monacal. Ya su fama en la corte y fuera de ella habia volado mas alta de los muros del claustro, y justo era que su virtud, su capacidad y sus trabajos apostólicos recibiesen el premio merecido.

Con efecto, nombrado coadjutor del Obispado de Caracas, bajo el título de *Canaten in partibus*, y obediente á los decretos de la Providencia Divina, ya se preparaba á emprender tan penoso viaje y á dirigir el rebaño que se le confiaba, cuando la rebelion de aquella parte de los dominios Españoles puso un obstáculo imposible de superar; resolviéndose al fin con el mayor placer á

continuar su vida en el monasterio de Silos. Mas ¡ay! que tampoco le es permitido gozar de este dulce consuelo, por que suprimidas las órdenes religiosas, ni le es posible volver allí, ni le quedaba otro asilo que la casa de sus parientes.

¿Y creeis que permanecerá en la ociosidad, aun en este estado, aquel que estaba destinado por Dios para un ministerio tan laborioso? No: el Arzobispado de Burgos y Obispado de Calahorra, son los primeros que esperimentan los benéficos frutos de su caridad Evangélica. Autorizado y aun rogado por sus respectivos diocesanos para ejercer las funciones de su ministerio, se le vió recorrer con diligencia las ciudades y las aldeas. Ni la aspereza de los caminos, ni el rigor de las estaciones, ni el hambre, ni la sed, ni ningun género de peligros, le pudieron arredrar en el cumplimiento de este caritativo encargo, confirmando por todas partes á los pequeños en la fé, robusteciendo con su doctrina á los débiles, ilustrando á los ignorantes, consolando á los enfermos, socorriendo en cuanto le era posible á

los pobres, y haciéndose todo para todos cual otro Apóstol.

De este modo correspondia á su vocacion, cuando el Dios de las misericordias, que sabe dirigir las cosas á sus fines convenientes, mueve el corazon del Rey D. Fernando VII para que diese á los Gaditanos una prueba inequívoca de su afecto enviándoles á este varon de tan acrisolada virtud para apacentarlos.

Recibida la aprobacion de su Santidad, y despues de haber visitado de nuevo su monasterio para colocarse bajo el amparo y proteccion de su Angel tutelar Santo Domingo de Silos, se dirige á esta ciudad y Diócesis. Su entrada en ella será memorable, y puede sin exageracion graduarse de un presagio que anunciaba las prendas del Pastor que se nos daba. Jamás se vió recibimiento tan espléndido y triunfante. La guarnicion francesa que ocupaba esta plaza tributó honores de Príncipe al que lo era de su Iglesia, y naturales y estrangeros quedaron admirados de la humildad Evangélica á la par que de su fina atencion. Una prueba de ello nos la facilita el haber merecido del Gobierno francés la Conde-

coracion de Caballero de la Legion de Honor, sin duda por haberlo así pedido el General de las tropas aliadas sin prevencion ni noticia alguna del que era objeto de tan honrosa distincion.

Pero huid de aquí ¡pompas y vanidades del mundo! que en el corazon del Prelado que deploramos jamás tuvísteis entrada. Los honores eran para él títulos especiosos y vanos, y si aceptó el que le tributaron los estraños, y los que les concedieron sus Reyes (1) como muestra de su Real aprecio, nunca envanecieron al que solo fijaba su gloria en el bien de la Iglesia y de sus ovejas. Me consta que las condecoraciones que adornaban su pecho, ni las deseó, ni jamás habria gastado un solo maravedí en la espedicion de sus diplomas, á no haberlo hecho una mano estraña sin noticia suya. La obra de su Iglesia y los pobres, le retraian de esta clase de sacrificios, que pueden graduarse de innecesarios.

Apenas fija su residencia y toma las riendas del gobierno de su Iglesia, sus

(1) Fué Caballero Gran Cruz de Cárlos III y de Isabel la Católica, y Senador del reino.

primeros cuidados fueron conocer á sus ovejas; informarse de la fidelidad de sus pastores, y hacer ver que estaba dotado de fortaleza y de valor para sostener los derechos del Sacerdocio contra los ataques del siglo y los amaños de la adulacion, y para conservar á todo trance la pureza de la disciplina eclesiástica. Parecia ser uno de aquellos Obispos de la primitiva Iglesia, tanto en las medidas de su gobierno, como en la frugalidad de su mesa, que fué siempre la de un monge, en su humilde aparato, en su afabilidad para con los ricos y los pobres, en la dulzura de sus palabras para corregir á los delincuentes, y en todos sus actos.

No os imagineis que os presento algun fingido retrato tomado de aquellos venerables Prelados de la antigüedad; no hago mas que justicia á la verdad, y para que conozcais todo el lleno de su mérito, es necesario no perder de vista la época en que vivió. Era una de aquellas en que estaba resfriada la caridad, en que las costumbres se habian relajado de una manera espantosa, en que estuvieron impedidas á los Prelados de las Iglesias de España muchas de sus fa-

cultades por la potestad secular, y en que mil y diversas causas les estorbaban manifestarse como centinelas avanzadas de la casa del Señor: pues en esta se dejó ver el nuestro adornado de todo el celo, de todo el valor, y de toda la prudencia, que inmortalizarán su memoria.

Si de aquí pasamos á contemplarlo visitando su diócesis en las muchas veces que lo hizo, admirareis su desinterés Evangélico. Él rehusa hasta los mas pequeños sacrificios que pudiesen gravar los fondos de las Iglesias, los obsequios privados, y todo cuanto pudiera servir de obstáculo á su mision; no admite hospedaje que él mismo no costee, asegurando en todas partes que las visitas de las diócesis no debian ser la ruina de la casa del Señor, sino su edificacion, y que en esta materia no admitia ni usos ni costumbres.

No permita Dios que yo intente manchar la memoria de los grandes Prelados que honraron esta Iglesia: venero las sagradas cenizas de tan respetables varones, y conozco que vivieron en tiempos mas felices y abundantes; pero debo

elogiar al que supo hacerse cargo de su época. Todos los pueblos por donde pasa esperimentan sus beneficios (1). En unos consagra sus Iglesias; en otros repara los templos casi destruidos y desmoronados por el tiempo; en estos los edifica de nuevo, y presta á los habitantes de los campos los auxilios espirituales de que carecian; y en todos en fin enseña con su palabra, edifica con su ejemplo, y se adquiere el prestigio que inspira la virtud.

Como guarda vigilante de Israel, separaba siempre la zizaña de la mala doctrina, de la semilla pura del Evangelio, y su esmero en este punto presagiaba algun mal terrible. No se engañó en su presentimiento. Los enemigos de la Iglesia Católica quisieron aprovecharse de nuestras disensiones políticas, y se introdujeron en nuestro suelo, llevando su audacia hasta el punto de establecer cátedras públicas, en las que dieron principio á esplicar sus falsas creencias y perniciosas máximas. La culta y re-

(1) Consagró las Iglesias de Medina-Sidonia, Tarifa y Algeciras.

ligiosa Cádiz vió con admiracion á un Metodista (1) abrir una cátedra pública de falsa doctrina; prodigar catecismos capciosos y heréticos á todo género de personas, y aun ridiculizar con ceremonias nefandas los misterios mas augustos de nuestra Religion. ¿Y consentirá la divina bondad, que este mal progrese para ruina de nuestra patria? ¡No lo temais, almas sensatas y virtuosas! La Religion Católica tiene en Cádiz un custodio invencible, y que no se dejará sorprender. Él cortará la cabeza á esa monstruosa hydra que amenaza devorarnos. Vedle tomar medidas sabias, que además de atajar el mal en su principio, inutilizan para siempre tan locas tentativas.

Con efecto, apenas dió la voz de alarma á los ministros de la palabra, los predicadores evangélicos vindican la fé católica contra los ataques de la perniciosa secta. Él mismo poseido del espíritu de Dios representa enérgicamente á la autoridad civil de esta provincia, haciéndole conocer que semejante abuso

---

(1) En el año de 1838.

estaba reprobado por toda ley, y que la estrecha obligacion de su ministerio le haria clamar hasta conseguir su estirpacion.

La santa energía de nuestro Obispo fué escuchada por la autoridad civil con el respeto y docilidad que merecia su acreditada reputacion, y celoso el mismo Gobierno de la pureza de la doctrina, hizo huir de nuestro suelo al temerario apóstol, que volvió á refugiarse en la oscuridad de la Bretaña. Pero séame lícito añadir, para gloria de esta culta ciudad, que las lecciones del metodista solo sirvieron, para que sus oyentes, que solo lo fueron por curiosidad, se burlasen de ellas, y se radicasen mas y mas en la religion de nuestros padres.

Conseguido este triunfo, quiso afianzar la victoria mandando recoger los perniciosos catecismos, los libros irreligiosos, y todo cuanto pudiera ofender y perjudicar á la fé y á la moral. De cuantos medios es capaz la mas esquisita vigilancia para cortar los males que amenazan, de tantos se vale para que el error no prevaleciese en su diócesis. Él comisiona personas en secreto para que

compren todos los libros, que por cualquier concepto sean nocivos; lo mismo hace con las pinturas y estampas obscenas, y consigue al fin de este modo cortar el mal de raiz.

¡Qué vigilancia tan escrupulosa por la fé! Leyó siempre con avidez todo libro que veia la luz pública en esta ciudad, y consiguió no una sola vez hacer notar á sus autores los errores involuntarios en que habian incurrido, consiguiendo la enmienda sin rebajar el mérito. Yo mismo le ví, agoviado con el peso de sus años, leer con constancia algunas obras voluminosas, llenándolas de anotaciones, y descubriendo algun veneno encubierto que pudiese en su dia llegar á ser mortal para sus ovejas. Jamás conoció la ociosidad, y el tiempo que le quedaba despues del despacho de sus negocios, lo invertia en la santa tarea que dejo referida, la que solia impedir muy pocos momentos, en los que parecia descansar y gozar, leyendo las reglas, vida y virtudes de S. Benito.

¡Iglesia primitiva! ¿podrás acaso esquivar enumere yo al Excmo. é Illmo. Sr. Moreno entre el catálogo de tus ilus-

tres Obispos? Mas esperad un poco, Señores, que el bosquejo que hasta ahora os he hecho es muy imperfecto; aun no he presentado las flores principales que han de formar su corona. Habeis visto hasta aquí á un valiente defensor del decoro de la Iglesia, en medio de los calamitosos tiempos que hemos pasado. *Sacerdos magnus qui in vita sua suffulsit domum*; pues ahora paso á manifestaros, que en estos mismos tiempos fué el restaurador de este templo, para cuyo difícil cumplimiento se valió del tesoro de sus virtudes. *Et in diebus suis corroboravit templum.*

SEGUNDA PARTE.

¡Ciudad afortunada á la par que afligida! Jamás hubo dolor mas legítimo, que el que hoy esperimentan tus habitantes al considerar que han perdido un Pastor celoso del esplendor del templo y de las glorias de su patria adoptiva.

En aquellos tiempos florecientes en que un Nuevo-Mundo enviaba á nuestras costas unas riquezas que parecian inagotables; en que la piedad se manifestaba de un modo mas esplícito, y en que el egoismo no era el Dios del siglo; en aquellos dias en fin en que esta ciudad se elevaba de nuevo sobre sus ruinas, se levantaban suntuosos edificios, se fortificaban sus murallas, y se ampliaba su radio, no dejaron de conocer sus religiosos habitantes, que la casa del Señor, destinada para Iglesia Catedral, no correspondia ni á la magnificencia de la

ciudad, ni mucho menos al decoro del culto que en ella se tributaba al Dios de los ejércitos, y resolvieron edificar una digna de tan sagrado objeto.

Este pensamiento se realiza, y se dá principio á la nueva fábrica que duró mas de sesenta años, consumiéndose en ella inmensas riquezas. Sobre sólidos y admirables cimientos se eleva parte del esterior del templo, y por falta de recursos se suspende mas de ocho lustros. A la época del advenimiento de nuestro Obispo, comenzaba ya á deteriorarse por la intemperie y descuido, originado de la ninguna esperanza que habia de poder continuar tan costosa fábrica. Los tiempos habian cambiado, y á la abundancia habia sucedido la escasez, y Obispos eminentes que ocuparon esta Silla, retrocedieron á la vista de la evidente imposibilidad de continuar una obra tan colosal. Se necesitaba un espíritu como el de Sto. Domingo de Silos, que supo en tiempos tan calamitosos como los pasados reedificar los monasterios de Sta. María de Cañas, de Silos, y de S. Martin de Madrid, sin otros recursos que sus virtudes y la confianza

que siempre tuvo en Dios. Animado nuestro Obispo con el ejemplo de su Santo Patricio, nada le detiene, y las dificultades, que habian hecho retroceder á los mas decididos, se allanan á su vista, que fija desde luego en la Providencia. A esta le confia un proyecto, que la prudencia humana no podria menos que calificar de temerario.

¿Y en qué tiempo, Señores, se decide á llevar á cabo tan difícil empresa? Cuando gemía nuestra patria al verse dividida en partidos encarnizados; cuando se hallaban agoviados los pueblos por las exacciones consiguientes á una guerra de muchos años; cuando exaltadas las pasiones y abusándose de la palabra libertad, se veian con dolor despojadas las casas religiosas, suntuosos edificios, y templos magníficos demolidos sin consideracion ni respeto al menos á las riquezas artísticas que contenian; en estos tiempos, pues, continuaba nuestro Obispo con la mayor confianza la obra de esta suntuosa Basílica. ¿Y con qué recursos, me direis, contará en dias tan aflictivos, y mas bien de destruccion, que de edificacion? ¿Será acaso con sus ren-

tas, que no le alcanzan para su preciso alimento, y dar algunas limosnas al necesitado? Con nada cuenta, Señores, mas que con la Providencia. Sus virtudes van á ser un tesoro inagotable, y ellas le proporcionarán aun mas de lo que apetece.

Pero ya conozco, que estoy tocando un punto que formaria solo el elogio mas cumplido de nuestro Obispo, y que era sin duda el que quiso impedir su humildad en su cláusula codicilar. Mas dispensadme segunda vez, cenizas venerables, si me veo precisado á contrariar vuestra voluntad. Bien sé que las últimas disposiciones son como preciosas reliquias á las que no es lícito tocar, y las que una especie de religion civil ha hecho casi tan sagradas para nosotros, como los mismos restos que se encierran en los sepulcros: pero, ¡oh alma generosa y modesta! era muy natural que tuvieses la gloria de rehusar las alabanzas, para que un justo agradecimiento usase de la libertad de tributártelas. ¿Ni que haria yo con callar cuando las piedras de este templo forman su apología?

La Providencia divina en quien tan-

to confiaba, se manifestó visiblemente en su santa empresa. Dá principio á la obra sin contar con recursos, y estos se le proporcionan en abundancia y segun las necesidades, hasta el punto de verse acabado el edificio interior en el corto tiempo de seis años, teniendo la gloria de consagrarlo al culto de Dios, y proseguir la obra esterior, como se ejecutaba al tiempo de su muerte, y hoy se continúa por su especial encargo.

¡Qué de vigilias! ¡qué asiduo cuidado no tenia en visitar la fábrica durante su curso, animando á los operarios, resolviendo todo género de dificultades, y precaviendo los descuidos que alguna vez pudieran ocasionar desgracias! Naturales y estranjeros, todos animados del fervor de los primitivos fieles, ponian á sus pies cuantiosas limosnas, que parecian llovidas del Cielo para continuar los trabajos. ¡Templo de Jerusalen! elogien enhorabuena los libros santos tu admirable fábrica, tus esquisitas maderas y preciosos mármoles. Un Rey poderoso tuvo á su cargo tu construccion, y un Salomon podia corresponder á tan alta idea: mas, *ecce plusquam Salomon*

hic: ved aquí á un Obispo que sin las riquezas materiales, y sin el poder de tan magnífico Rey, hace lo que aquel, sin sus inmensos tesoros y poder regio.

¿Ni cómo le faltarian recursos al que con un desinterés Evangélico no cuidaba de sí mismo, y consumia todas sus rentas en su templo y en los pobres? ¡Qué modestia en su palacio! A su vista recordé no una sola vez la pintura de aquellos felices tiempos en que revestido el Obispo solamente de su dignidad, sabia tambien grangearse el respeto de los fieles; en que el fausto no se habia introducido como decencia en un ministerio tan santo; y en que el pueblo los miraba como á los depositarios de la justicia y de la santidad.

¡Que no me fuera posible recoger aquí los infinitos frutos de su misericordia para edificaros al tejer la historia de sus liberalidades! ¿Quién se acercó á él y no fué oido? ¿Quién imploró su proteccion, y salió desamparado? Hablad por mí, personas desgraciadas, y publicad las liberalidades de vuestro padre: yo no puedo penetrar el secreto de las familias, ni saber circunstanciadamente

lo que hizo con una reserva tan eficaz, que su mano izquierda no fué nunca sabedora de las acciones de su derecha. No puedo deciros mas, que le ví en muchas ocasiones conmovido á la vista de la desgracia; que su rostro se cubria de una santa tristeza; que de su boca salian palabras de dolor pronunciadas por la caridad; y que compadecido como Jesucristo de la multitud hambrienta, levantaba los ojos al Cielo, y parecia querer multiplicar sus cortos recursos para ocurrir á la indigencia.

Si no me fuera necesario contenerme dentro de los límites de un discurso, no pasaria tan rápidamente por uno de los mas brillantes rasgos de su vida. Pero hablad por mí, vosotros cuyas necesidades alivió, y de la misma voz de que tantas veces os valísteis para esponerle vuestras cuitas, servíos ahora y en adelante para encomiar su misericordia.

Bien conozco, que en este instante estará cada uno de mis oyentes recordando hechos, que ó callo ó ignoro, y que me ofrecen en silencio materia abundante para continuar este elogio. ¡Ah! y como desearia que fuese permitido á

vuestro agradecimiento el poder espresarlo desde este sitio. Ciertamente que usaríais de espresiones mas vivas y enérgicas que las mias, y que compendiaríais vuestro razonamiento diciendo, que habeis tenido en él un padre, un modelo, y que la muerte ha arrebatado la esperanza, la alegría y las delicias de esta ciudad.

Aunque defensor tan ardiente de los derechos de su Iglesia, siempre se cuidó muy poco de los debidos á su persona, y si alguna vez los defendió con entereza, fué cuando estaban unidos á los de los pobres. Así le vimos reclamar el Patronato que ejercia en el Hospital de mujeres enfermas de esta ciudad, y no descansar hasta tomarlo bajo su proteccion benéfica; y desde entonces le sobraron recursos para poderlo montar bajo el pié brillante en que hoy se halla; recursos debidos en parte á la cooperacion eficaz de personas piadosas, y de abundantes medios, cuya caridad y filantrópicos sentimientos de ningun modo pueden elogiarse mas cumplidamente, que remitiendo á quien lo dude ó ignore, al establecimiento mismo, para que

examine la exactitud y pureza de su administracion, el desinterés de todos, la asistencia espiritual y corporal, el aseo y el esmero para con las pobres enfermas. Sin exajeracion puede citarse este asilo de caridad como un modelo de casas de beneficencia, y su régimen honra la memoria de su difunto Patrono.

Si de aquí pasamos á dar una rápida ojeada sobre el trato social de nuestro dignísimo Obispo, lo hallareis siempre con aquel rostro afable y sereno para todos, accesible y amoroso, dejándose ver de todos á todas horas, y no conservando de su dignidad mas privilegio que el de poder ser importunado: entre él y sus ovejas nunca hubo mas barrera que el respeto nacido de la discrecion del que se le acercaba. Bien lo sabeis, Ecxmo. Cabildo, personas que frecuentábais su casa: ¿se parecia esta á aquellos palacios de vanidad y fausto en donde es preciso comprar á costa de gran paciencia la presentacion, que no suele durar mas que un instante; ó en donde despues de mil penosas formalidades, suele encontrarse una negativa que nos llena de rubor? No, Señores, la casa de nuestro Obispo era la

de un padre, en la que siempre se entraba con una confianza respetuosa.

Sí, amado Prelado, tu amor á tus ovejas llegó hasta el heroismo. Nada fué capaz de disminuirlo: tus méritos te llamaban para otro puesto mas elevado. El Arzobispado de Sevilla te se ofrece con instancia, y aquella Reina, á quien en otro tiempo jurastes obediencia, te ruega aceptes el nombramiento que hace de él en tu persona. ¿Pero cómo resistir á las lágrimas de los Gaditanos? ¿Cómo volver la espalda á su antigua y querida grey? No temamos, Señores: las dignidades y las grandezas no tienen cabida en su corazon; no desamparará su templo, cuyo engrandecimiento es toda su gloria; no se manifestará ingrato para con un pueblo que no sabe mas que amarle. Renuncia una y dos veces el Arzobispado, y no piensa mas que en quedarse entre nosotros para siempre. En prueba de ello desde entonces prepara y dirije su sepulcro, lo bendice por sí mismo, y sigue tranquilo en su ancianidad esperando el instante que deploramos, pero esperándolo con la alegría y serenidad del justo.

En vista de todo ¡afligidos Gaditanos! no puedo menos de conocer que vuestras lágrimas son justas, y nadie podrá calificarlas de superficiales: se desprenden de lo íntimo de vuestros corazones agradecidos; pero debe consolaros, que son acompañadas de las de todos los buenos Españoles. El Episcopado le llora, y sus comunicaciones son elogios mas cumplidos que el presente. El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla, que se dignó tributarle los últimos honores, no pudo menos de conmoverse y derramar lágrimas á la vista del cadáver. Los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier manifiestan en una sentida carta dirigida á este Excmo. Cabildo, que se han afectado profundamente al saber la pérdida de tan esclarecido Pastor. En fin, de todos es sentido y justamente elogiado. Nos queda al menos en nuestro desamparo este motivo de consuelo.

¿Pero deberé finalizar mi discurso, sin tocar aunque ligeramente, sobre su celo en promover á órdenes sagrados á los que aspiraban á entrar en la suerte del Señor; sobre su vigilancia en el mejor desempeño de su ministerio; sobre su

asistencia asidua á los divinos oficios; sobre sus fervorosos discursos y exhortaciones al pueblo; y en fin, sobre todas las cualidades que son propias del Episcopado y en él resplandecieron? Baste, Señores, deciros, que la descripcion que hace el Apóstol S. Pablo de un Obispo, es el verdadero retrato del nuestro; la pintura fiel del Excmo. é Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Silos Moreno.

Mas acaso observareis, que aun no os lo he representado en el seno de la muerte; y á la verdad, que quisiera poder evitar este motivo de afligiros, si no hubiese concurrido en ella una circunstancia admirable, y que no debe pasar desapercibida.

El varon justo ve siempre cumplidos sus deseos. Los de nuestro Obispo no fueron otros que morir como un monge, rodeado de los suyos, y auxiliado de los hijos de San Benito: ¿y es posible le conceda el Cielo el verlo así realizado en la actualidad? Ved aquí, Señores, un suceso que sorprende. Su vida amenazada otras veces por enfermedades mas agudas, se prolonga hasta que circunstancias providenciales con-

curran á tranquilizarlo en esta parte. Sí, Señores, en un tiempo en que las órdenes monásticas se desconocen en nuestra patria; en que no queda otro rastro de ellas que Conventos y Monasterios destruidos; y en que sus recuerdos pertenecen á la historia, una comunidad de monges Benedictinos aparece y continúa en esta ciudad contra sus mismos cálculos y proyectos, para recojer los últimos suspiros del que tanto lustre la dió durante su vida, y tantos favores prodigó á sus individuos.

Un varon Apostólico (1) que se propone predicar el Evangelio á los habitantes de la Occeánia, que gimen aun en la idolatría y en la barbarie, ungido Obispo de Puerto-Victoria, asociado de una multitud de jóvenes que siguen las reglas de S. Benito, llegan á esta ciudad con el objeto de embarcarse á su destino. Pero no lo conseguirán, no, hasta dejar satisfechos los anhelos de nuestro Prelado. Las embravecidas olas del mar opondrán un obstáculo insupe-

(1) El Illmo. Sr. D. Fr. Rosendo Salvado, Obispo de Puerto-Victoria.

rable para que emprendan la marcha. El buque que desde Londres debe tocar en nuestro puerto para conducirlos á su bordo, á consecuencia de dos grandes tempestades sufrirá averías, y casi serán necesarios seis meses para su habilitacion.

En este espacio de tiempo, la mano de Dios hiere de muerte sin precedente alguno á nuestro Obispo; pero le proporciona á la par el cumplimiento de sus deseos. Los monges de S. Benito le rodean, y se disputan la gloria de acompañarlo en su dolencia. Ni un momento le desampara el ilustre Obispo que los dirige.

Sí, varon Apostólico; si no temiera ofender vuestra modestia os diria, que vuestras dulces palabras, vuestras vigilias, vuestras oraciones, y la indecible satisfaccion que disfrutaria nuestro Prelado con teneros presente en medio de su agonía, le conservaron la vida por algunos dias mas en la calma de los justos.

Pero no nos separemos de nuestro propósito, Señores. No es la primera vez que el Señor permite obedezcan los

elementos á la oracion de sus siervos, que no habia surtido efecto para mover la voluntad del hombre. Voy á comprobarlo con un hecho que nuestro difunto Obispo me recordó muy poco tiempo antes de su enfermedad. Cuando Sta. Escolástica quiso detener una noche fuera de su celda á su hermano S. Benito, que habia pasado á visitarla, y el Santo no accedia á sus súplicas, la no menos Santa que él, fijó sus codos sobre la mesa, oró, y el Cielo tranquilo y sereno se convirtió instantáneamente en tempestuoso, logrando así de su Dios, lo que por no faltar á la observancia monástica le habia negado su hermano. ¿Y no podremos creer, que la oracion fervorosa de nuestro Prelado le alcanzó el mismo favor respecto á sus monges?

¿Quién podrá referir con ojos enjutos la muerte de nuestro Obispo al ver rodeado su humilde lecho de Benedictinos, que con entristecido semblante y ojos abatidos dirigen sus súplicas al Cielo para que los Angeles reciban la candorosa alma del que agoniza? ¿Qué corazon por duro que sea no se enternecerá al ver correr abundantes lágrimas de

cuantos presenciaron tan tierno, como edificante espectáculo? ¿Y quién no se estimulará en fin á vivir la vida del justo para disfrutar de las dulzuras que este en su agonía?

Ved, pues, aquí al Sacerdote ilustre que edificó nuestro Templo con el tesoro de sus virtudes, y murió acompañado de las lágrimas de esta ciudad y de su diócesis; de los llantos y suspiros de los pobres; de las oraciones de tantos ministros; y fué á presentarse con confianza delante del tribunal de Jesucristo. *Et in diebus suis corroboravit templum:* pudiéndose decir de él lo que decia S. Ambrosio en la oracion fúnebre de su hermano, «que su muerte dejó un universal motivo de luto y de tristeza: *Privatum funus, sed fletus publicis universorum fletibus est consecratus.*»

Yo debiera reconcentrar aun las fuerzas que me quedan para exhortaros al desprecio del mundo á la vista de los despojos de la muerte. Mas hoy solamente os encargo, que no olvideis las virtudes de nuestro Prelado, que honreis su memoria, y que aprendais de él á vivir y á morir.

Por lo que humanamente podemos juzgar fundados en las promesas divinas, ya su suerte se enumerará entre la de los Santos. Ni el mas leve indicio reconozco de lo contrario. Mas como es casi indispensable, dice un Padre, *de humano pulvere, humana corda sordescere*, si como de mortal, revestido de una naturaleza frágil, le resta alguna imperfeccion que purificar, ayudémosle para ello con nuestras oraciones, y pidamos al Señor por su eterno descanso.

R. I. P. A.